

apartaba nunca de sus ojos, ávidos de encontrar los remedios del alma y las reglas de la vida; era el compañero fiel de sus viajes, el amigo de su soledad, el tesoro de su pobreza, el consuelo de su prision y de sus cadenas. Ellos le llamaban el *Libro*, el libro por excelencia, y no querian enterarse de otros.

Ellos perseveraban, pues, en la santa doctrina; pero perseveraban con unanimidad de corazon: *Erant perseverantes unanimiter*. Quiero decir, que todos estaban de acuerdo sobre los mismos puntos de la fe; que huían con horror de toda novedad profana, de toda confusion del lenguaje y de las ideas, de toda apariencia de excision y rompimiento. Perseveraban, en fin, en la doctrina de los Apóstoles: *Erant perseverantes in doctrina apostolorum*, no porque fuese una doctrina cualquiera, una enseñanza como otra, sino porque era la doctrina de los Apóstoles, y, por consiguiente, la doctrina misma de Jesucristo. ¡Cuán dichosos eran, hermanos míos, con esta perseverancia en su santa fe! ¡con qué alegría, con qué abandono delicioso descansaba su alma en este dulce asilo de la verdad! El reposo de la fe importa más de lo que se piensa al reposo y á la dicha de la vida. El hombre se alegra de tener ideas fijas, y de saber á que atenerse sobre las terribles cuestiones de que depende un porvenir eterno.

Nosotros no sabemos perseverar en la fe como nuestros padres. Los unos, y son los sábios y los hábiles, todavía buscan, cuando todo está descubierto, y aguardan, cuando todo ha venido, y empiezan de nuevo, cuando todo está acabado. Diríase, que para ellos el Evangelio no existe, ó que despues de semejante luz se puede esperar otra. Esta verdad, hallada desde hace diez y ocho siglos, ya nadie quiere pedirla á la religion; se pide á todas las teorías, á todas las sectas, á todas las concepciones extravagantes, á todos los delirios del orgullo humano. Los otros, indiferentes, no por sistema, sino por el olvido de las reglas y por la ignorancia de los principios, que les deja sin defensa á merced del primer sofisma ó paradoja, apenas saben lo que creen, ni si deben creer algo.

Pero continuemos, hermanos míos, examinando la vida de los primeros cristianos. No les bastaba alimentarse de la fe, del pan de la palabra, y de la doctrina. Sabian, que Jesucristo habia dejado un pan mas sustancial, un pan vivo y que dá la vida: *Erant perseverantes in communicatione fractionis panis*. Si, amados hermanos míos; por más que uno se llame cristiano y católico, asiduo en la oracion; en la palabra santa, y fiel observador de los demás deberes de la religion, si no come este pan, está muerto. El mismo Salvador lo dijo: En verdad, en verdad os digo, que si no comiereis la carne

del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendreis vida en vosotros: *Amen, amen dico vobis: nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis*. JOAN. VI, 54. Ellos tomaban pues con alegría y sencillez de corazon este divino alimento. Como el templo, siempre frecuentado por los judíos, no les ofrecia bastante libertad para la celebracion de los santos misterios, iban distribuyendo el pan eucaristico de casa en casa, verdaderos santuarios de paz é inocencia. Este pan celestial tenia siempre para ellos la misma suavidad; era su pan de cada dia, el maná que cada mañana iban á recoger: su vida entera era una comunión perpétua, y su mayor disgusto era verse privados de ella.

¡Qué tiempo, hermanos míos, aquel en que cada casa era un templo, en que cada corazon humano era un tabernáculo vivo de la Divinidad! Cuando se piensa, por una parte, en la pureza de alma que exige este misterio, y, por otra, en las gracias que la acompañan, en las virtudes á que dá origen, se conoce bastante toda la inocencia que debia respirar la vida de unos fervorosos cristianos, que comulgaban cada dia; una vida, por decirlo así, enteramente eucaristica y divina. Es ya por demás preguntar, si florecian todas las virtudes en una sociedad llena de Dios, de la que cada individuo podia decir en verdad: No soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí: *Vivo jam non ego: vivit veró in me Christus*. GALAT. II, 20. Es ya por demás asombrarse de su humildad, de su desinterés, de la viveza de su fe, de su constancia en las tribulaciones de la vida, y en los combates del martirio.

Finalmente, amados hermanos míos, el tercero y último mérito de la vida de los primeros cristianos, en lo que mira al servicio de Dios, es que perseveraban en la oracion. Se les veia orar en el templo y bajo los pórticos de Salomon, en donde solian reunirse. También oraban en sus casas, á las que ahora daría el nombre de oratorios, si hace un momento no las hubiese llamado santuarios. Cada padre de familia era un pastor, y cada madre un apóstol, que animaban con sus ejemplos é instrucciones la oracion doméstica. Ellos oraban solos, y con mayor gusto juntos, para tener entre ellos á Jesucristo, segun su promesa. Oraban en las diferentes horas en que se divide el dia; levantábanse alternativamente en medio de la noche para no interrumpir el sacrificio de la alabanza, y de aquí viene el uso de las horas canónicas, que la Iglesia aún hace hoy observar por sus ministros. Si emprendian un viaje, un negocio, una obra intelectual ó mecánica, lo hacian siempre bajo los auspicios de la oracion.

La oracion santificaba sus vigilijs, sus comidas, sus estudios, sus relaciones de amistad; todo, hasta los saludos que se dirigian en sus cartas, eran una oracion.

Esa era, amados hermanos míos, la vida de los primeros fieles en sus relaciones con el Altísimo. Ya sé, que esa vida es poco atractiva á los ojos del mundo; tal vez la descripcion de aquellas costumbres sencillas y virtuosas, pero uniformes y pacíficas, os parezca monótona, é interese apenas vuestro corazón. Y, sin embargo, ¡cuán hermosa, cuán admirable es esa vida en todo sobrenatural, que se mantiene de Dios, de su palabra, de sus misterios, de las comunicaciones mas íntimas con el mismo Autor de la vida! ¡Qué rica y abundante es en la presencia de Dios, que mira el corazón, y no se atiende al brillo de las obras, sino á su precio; ni á su mérito ostensible, sino á su valor real; ni á la importancia que les dan los hombres, sino á la pureza de la intención, á la perfección de los motivos que las producen! Y no creais que la vida santa de estos cristianos fuese una vida ociosa. Hasta ahora no les habeis visto más que en sus relaciones con el cielo, en el sosiego íntimo de la contemplación. Aguardad á que yo os les haya mostrado en la abnegación de su celo, en los milagros de su caridad, y entónces juzgareis, si todas las virtudes que embellecen y consuelan la tierra, pueden tener un principio mas activo y fecundo, una inspiración mas elevada, un móvil mas poderoso que la fe que nos viene de los cielos.

2. Al probar á trazar la vida exterior de los primeros cristianos, hermanos míos, quiero presentaros, no tanto el cuadro de sus luchas y de los triunfos de sus mártires, como el de los dulces vínculos que les unian entre sí, y de las amables virtudes que les conciliaban el corazón de los infieles. No hay que perder de vista, que mi asunto se contrae á la Iglesia de Jerusalem; que aquí no hago más que comentar una de las páginas mas hermosas del libro de los Hechos apostólicos; y que mi objeto principal es, llamar vuestra religiosa atención sobre la sociedad mas perfecta y mas feliz que la imaginación puede concebir.

Consideremos, primeramente, á los primitivos cristianos en sus relaciones íntimas, en sus relaciones mútuas. Ya hemos indicado, que tenian habitaciones separadas; y, sin embargo, la Escritura nos dice, que vivian todos juntos en una igualdad perfecta, en una tierna fraternidad, como si hubiesen habitado bajo un mismo techo y no hubiesen compuesto mas que una misma familia: *Omnes qui credebant erant pariter*. Act. Apost. II, 44. Su virtud no tenia pues nada duro, ni feroz; no huían de la compañía de sus semejantes, sino que por

el contrario, les agradaba acercarse en reuniones piadosas; su dicha era verse, hablarse, asistirse en sus necesidades, rodear de una guirnalda de hermanos el inocente y sencillez banquete conocido con el nombre de Agapes, persuadidos de que, nada protege ni alienta más á la virtud que el trato de los hombres virtuosos. He ahí el modelo de las congregaciones gratas y cristianas, hoy sobrado raras, que salvan la inocencia de tantos escollos, y la preservan de tantos males! Así se forma y mantiene una noble rivalidad de virtudes, una laudable emulación de hablar y practicar el bien: así la confianza, la modestia y la caridad prestan encantos á todos los discursos, y gracia á todas las acciones.

Esa igualdad tan apetecida, esa fraternidad tan decantada, que ha hecho correr torrentes de sangre cuando la ha interpretado una filosofía ciega y brutal; ¿quereis verla en su belleza natural, tal como la concibió y realizó una religion amiga de los hombres? Volved los ojos á los primeros hijos de la Iglesia. Decir, que vivian juntos como hermanos, no es decir lo bastante, desde que la familia, sometida tambien como todo lo demás á la acción disolvente de principios destructores, no nos presenta aquel concierto y armonía que suponen un nombre tan dulce y unas relaciones tan íntimas. ¡Ah! no solamente no son ya hoy hermanos los cristianos, sino que hasta los hermanos se tratan á menudo como enemigos. Pero imaginaos una familia, tal como puede formarla la naturaleza perfeccionada por la religion, y tendreis una idea de la fraternidad de los primeros cristianos. La gracia del Evangelio sobre ellos derramada les habia mezclado y fundido, borrando todas las distinciones que separan á los hombres. Les habia sido dada una existencia nueva, otra naturaleza mil veces mejor que la primera. Habian entrado como en un mundo nuevo, que en nada se asemejaba al mundo antiguo; y en aquel mundo de nueva creación, en aquella dichosa patria, más vecina del cielo que de la tierra, todos los bienes eran comunes: *Habebant omnia communia*. No conocian *lo tuyo* y *lo mio*, palabra fria, dice San Juan Crisóstomo, que la dureza de nuestros corazones ha introducido en nuestro lenguaje, *causa de todos los males*, principio de todas las divisiones que asolan la tierra. Ninguno de ellos se apropiaba nada de lo que poseia; así es, que no habia entre ellos persona necesitada; pues todos los que tenian posesiones ó casas, vendiéndolas, traian el precio de ellas, y le ponian á los piés de los Apóstoles; el cual despues se distribuia segun la necesidad de cada uno.

Léjos de mí el pensamiento de proponeros esa vida comun como un ejemplo imitable, y de confundir así las circunstancias y los

tiempos. Esta teoría, hermosa como es, podía convenir á una comunidad naciente y poco numerosa aún: pero es inaplicable en una sociedad que abarca toda la tierra; y cuando no há mucho se hablaba de volver á la Iglesia su espíritu primitivo, su sencillez de los tiempos apostólicos, se mezclaba bajamente una ironía sacrilega con la avidez mal solapada de despojarla y apoderarse del patrimonio de los pobres. Mas, si es imposible renovar entre nosotros la comunidad de bienes, la igualdad de fortunas, si hasta sería peligroso intentar, ¿no puede permitirsenos que la contemplemos con admiración? ¿No es una alta gloria para el cristianismo el haber realizado sin esfuerzo, casi sin pensarlo, y como por un efecto natural y una consecuencia necesaria de su dichosa influencia, las brillantes quimeras de los filósofos antiguos y modernos, y el haberlas realizado en su perfección ideal, sin afeárselas con las inmorales exageraciones, que mancillaron las creaciones de estos falsos sábios? Con filósofos y legistas se tendrán leyes agrarias, instituciones forzadas y violentas, cuyo único efecto será hacer estremecer por un momento la tierra. Tan solo la religión puede desinteresar al hombre, y curarle de su excesivo apego á los bienes de la vida, ablandando su corazón á las miserias de sus semejantes, y exaltando su alma con la esperanza de bienes más sólidos y más dignos del alma inmortal.

Los pobres eran, pues, desconocidos en la dichosa sociedad de los primeros cristianos: *Neque quisquam egens erant inter illos* Act. Apost. IV, 34. Hoy, su muchedumbre nos inunda. Esta llaga, siempre creciente, pone espanto á nuestros economistas, que se afanan por curarla. Cada cual se presenta con su específico ó paliativo. Los unos, se proponen secuestrar á los indigentes; otros, formar colonias con ellos; y otros, prohibir el matrimonio á los proletarios. Imagínanse mil expedientes para darles trabajo y pan, para organizar el trabajo, según el lenguaje usual, y reglamentar la beneficencia. No tenemos que fallar sobre el mérito de tales concepciones y la oportunidad de semejantes medidas; pero, en la época de que hablamos, los medios eran más sencillos y eficaces. La abundancia del rico suplía la penuria del pobre; y si los recursos locales no bastaban, enviábanse colectores á las provincias, y las limosnas recogidas se repartían por igual entre los santos de Jerusalem. Así todas las iglesias eran deudas y tributarias unas de otras; así se difundía, no en palabras pomposas, sino en socorros efectivos y efusiones generosas, esta caridad, que ve hermanos en todos los seres que sufren; esta verdadera filantropía, que la sabiduría mundana quiere remedar, pero que solo el Evangelio inspira y hace practicar;

así desaparecían, hasta donde era posible, las distinciones de la condición y de la fortuna, que la divina Providencia permitió para que se ejercitara la virtud más hermosa, y para procurar á los ricos la dicha delicada y purísima de hacer la de sus semejantes.

No hay duda, amados hermanos míos, en que no podemos esperar que vuelvan aquellos faustos tiempos. Ahora que la Iglesia se ha difundido, que llena el universo, que después de haber sido recibida en el mundo, ha acabado por recibir en su seno al mundo mismo; aquel espíritu de desapropiación, aquellos prodigios de desprendimiento, de abnegación, aquel tesoro común, abierto á todas las necesidades, en el que se depositaba el capital de cada fortuna particular, todas aquellas maravillas no pueden ya renovarse; y no sería ménos injusto, por parte de los enemigos del cristianismo, invocar contra el presente los recuerdos de un pasado, que no puede revivir, que desconocer la gloria única y singular que reflejan sobre la religión estos mismos recuerdos. Pero ¿quién nos impediría prestar el apoyo de nuestro favor y crédito á las admirables creaciones del espíritu católico, que merecen tantos estímulos, y nos representan en tan justas proporciones, aunque en menor escala, el plan de la primera reunión cristiana? ¿Quién nos impediría también, sin desprendernos de la propiedad, hacer comunes los bienes por la comunicación de los frutos? ¡Oh! no se os exige que vendais vuestros bienes; no se os pide más que la porción de los frutos que no podeis consumir; no se os dice, que pongais su importe á los piés de los Apóstoles: cerca de vosotros teneis á los pobres, no ménos dignos, tal vez, que los Apóstoles, puesto que Jesús se encubre bajo su humildé apariencia. No se trata de poner vuestras ofrendas en un tesoro común; el tesoro común es la caridad, caudal rico, caudal inagotable, que no ha faltado nunca desde que se anunció á los hombres la ley de amor. El tesoro en donde debeis poner vuestra superabundancia es el seno de los pobres, en donde hallareis en cambio los tesoros de la gracia, y las riquezas de la gloria.

Pero la comunidad de bienes no equivale á la de los corazones. Los primeros fieles habían puesto sus corazones en común, así como sus tesoros; ó mejor, la muchedumbre de los creyentes no tenía más que un corazón y un alma: *Multitudinis credentium erat cor unum et anima una*; de suerte, que aquel gran cuerpo, compuesto de tan gran número de miembros diferentes por su origen, condición y carácter, parecía movido de una sola y misma voluntad. En la Escritura se encuentra la expresión singular, de que ántes de la dispersión de los hombres no tenía la tierra más que un solo lenguaje; con cu-

yas palabras se indica, que todos hablaban el mismo idioma. Pero un solo corazón, y una sola alma indican una unión mucho más estrecha y tierna, pues aquí no se trata ya solamente de la unión en la palabra y en la conformidad del lenguaje, sino de la unión en la correspondencia de las afecciones y pensamientos. ¡Dichosa y apetecible unión! ¡Cómo no exclamar con el rey profeta, que al parecer quiso cantar los magníficos días, que él veía resplandecer á lo lejos, al través de las sombras del porvenir! ¡Oh, cuán buena y cuán dulce cosa es el vivir los hermanos en mútua unión! *Ecce quam bonum, et quam jucundum habitare fratres in unum.* PSALM. CXXXII, 1. ¡Un corazón y un alma! Ved ahí á los discípulos de Jesucristo, de ese Dios de caridad, que les encomendaba que fuesen uno, como él es uno con su Padre, que quería que se les reconociese á esta señal, y les hacía decir por sus Apóstoles: Carísimos, amémonos los unos á los otros: porque la caridad procede de Dios: *Charissimi, diligamus nos invicem: quia caritas ex Deo est.* I JOAN. IV, 7.

¡Un corazón y un alma! Así un miembro no podía sufrir, sin que todos los miembros sufriesen con él; un hermano no podía tener una gloria ó una alegría de que no disfrutasen los demás. Así se destruía la semilla de los procesos y el germen funesto de las disensiones. Si surgía un litigio, pronto lo arreglaban los árbitros. Aquellos fervorosos cristianos consideraban como una avilantez el pleitear contra sus hermanos y llevar su causa ante tribunales profanos.

¡Un corazón y un alma! ¡Gratas y tiernas palabras! ¡Oh caridad! ¡cómo sabes enternecer el lenguaje y prestarle un encanto, que solo tú atesoras! No es pasión; es algo más puro, más fuerte y más verdadero; es más que naturaleza; es una mezcla de naturaleza y gracia, de Dios y hombre; es un sentimiento nuevo creado por el Evangelio, que para producirse ha usado expresiones nuevas. Recorred los monumentos que de los tiempos antiguos nos restan. Leed los escritos de los Apóstoles, las epístolas de los Ignacios, de los Policarpas, de los primeros confesores de la fe; y hallareis una unción, una superioridad de ternura, no sé que expansiones de un corazón desahogado, que en vano buscareis en los discursos más animados de los demás hombres.

3. Digamos ahora lo que aquellos fieles eran para los infieles. El pueblo, aunque infiel, dice el sagrado texto, no se cansaba de bendecir y celebrar la conducta de aquellos cristianos, que condenaba la suya. *Ved*, decían, señalando á los cristianos, *ved como se aman; no solo mantienen á sus pobres, sino que, además, sustentan á los nuestros, que con indiferencia abandonamos.* Penetrados de ese res-

peto involuntario, de ese temor religioso, que la vista del hombre de bien infunde aún á los malos, no se atrevían á agregarse al rebaño fiel, y marcaban así la distancia que separa las tinieblas de la luz. Pero cada día salían de aquella muchedumbre espíritus más rectos, corazones más sinceros, que, conmovidos por los ejemplos de los santos, y ayudados de sus oraciones, aumentaban el número de los creyentes, pensando, que una religión que eleva al hombre á tan alto grado de perfección, debía de ser la religión del verdadero Dios. No era, que un falso celo, las imputaciones calumniosas, la envidia, que se ceba en la virtud, no sublevase á veces contra ellos á la turba caprichosa y discolá, que despierta, murmurando como el océano, de su reposo, á la primera voz del desorden. A menudo eran cogidos y desaparecían en aquellos tumultos populares, por el único crimen de llevar el nombre de cristianos.

¡Ah! carísimos hermanos, más felices al parecer que los primeros discípulos, que vivían entre infieles, nosotros vivimos en medio de cristianos; y en esta sociedad católica, á que tenemos la dicha de pertenecer, no deberíamos ver más que hermanos. Y con todo, es triste ver, que esta sociedad se encuentra como dividida en dos partes muy distintas. La separación de estas dos ciudades, cuyos caracteres nos ha trazado San Agustín, nunca se ha señalado con una línea más marcada que en los tiempos presentes. La una, conserva la fe antigua, fuera de la cual no hay salvación, ni para el siglo actual, ni para los sucesivos; la otra, invoca nuevas ideas, sueña con un porvenir que hará un cielo de la tierra, y llama transformación y progreso á las innovaciones atrevidas. Esta división es en todas partes funesta. Ha penetrado hasta en la familia, en que se ve al padre separado del hijo, á la mujer del marido, á la hermana del hermano; en las cosas que tocan más esencialmente á la cuestión capital de todo hombre venido á este mundo. Pasajeros en un mismo bajel, debemos ponernos todos de acuerdo; debemos unirnos para efectuar ménos trabajosamente esta breve, pero difícil travesía de la vida. ¿Qué hacer, pues, hermanos míos? Lo que hacían los primeros cristianos. Conservar la fe y la caridad; defender la verdad, y no turbar la paz; detestar los errores, compadecer y amar á los que se descarrian, atraerles con nuestros ejemplos, convertirles á Dios con nuestra dulzura, obligarles á reconocer, que solo en la religión se encuentra lo que forma la paz y la ventura de la vida social y doméstica.

He acabado, hermanos míos, de describiros la vida feliz é inocente de los primeros cristianos. Si os ha parecido ménos hermosa de lo que me he atrevido á prometeros, no hay que achacar la culpa al

fondo del asunto, sino al panegirista, que no ha sabido dar su colorido á unos cuadros que rebosan de interés y de atractivos. Ya habeis visto lo que eran vuestros padres para con Dios, en la unidad de una misma fe, en la participacion en el mismo misterio de amor, en el recogimiento de la adoracion y la oracion; lo que eran para con sus hermanos por la comunidad de bienes y la union de sus corazones; lo que eran para los infieles por la edificacion y el ascendiente de sus ejemplos. Esforzaos, pues, á imitarlos. Temed como ellos á Dios; amad á vuestros hermanos: dad á todos, para atraerles á todos, pruebas de consideracion y afecto; sí, á todos, aún á los extrangeros, á los mismos infieles, á los mismos desertores de nuestros misterios, á los mismos tráfugas y enemigos de nuestra santa fe. Honrad á todos, y con eso cumplireis la ley de Cristo: *El sic adimplebitis legem Christi.* GAL. VI, 2.

DIVISIONES.

CRISTIANO.— Como el cristiano es hijo de Dios, todas sus acciones deben ser edificativas.

Como el cristiano es miembro de Jesucristo, todas sus acciones deben ser santas.

Como el cristiano es hijo de la Iglesia, todas sus acciones deben ser caritativas.

CRISTIANO.— El cristiano no puede tolerar ningun defecto en su persona, desde que considera que es obra del Redentor.

El cristiano no puede conservar las inclinaciones del hombre viejo, desde que considera que es una criatura nueva.

CRISTIANO — (*cuya conducta está conforme con su profesion*).

Es un vencedor, que cobra cada dia mayor reputacion.

Es un sacrificador, que se inmola todos los dias.

Es un favorito, que alcanza cada dia nuevas gracias.

CRISTIANO — (*cuya conducta no guarda conformidad con su profesion*).

Es un mónstruo en la Iglesia.

Es el escándalo de los verdaderos fieles.

Es juguete de los libertinos.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Sancti eritis, quoniam ego sanctus sum. LEVIT. XI, 45.

Qui autem negaverit me coram hominibus, negabo et ego eum coram Patre meo. MATH. X, 35.

Pater, quos dedisti mihi, volo, ut ubi sum ego, et illi sint mecum. JOANN. XVII, 24.

Elegit nos in ipso... ut essemus sancti et immaculati in conspectu ejus in charitate. EPHES. I, 4.

Conversi estis ad Deum à simulacris, servire Deo vivo et vero, et expectare Filium ejus de cælis, quem suscitavit ex mortuis, Jesum qui eripuit nos ab ira ventura. I THESSAL. I, 9 ET 10.

Dedit semetipsum pro nobis, ut nos redimeret ab omni iniquitate, et mundaret sibi populum acceptabilem, sectatorem bonorum operum. TIT. II, 14.

Non corruptilibus auro vel argento redempti estis de vana vestra conversatione, sed pretioso sanguine quasi Agni immaculati Christi. I PETR. I, 18 ET 19.

Si autem in luce ambulamus, sicut ipse est in luce: societatem habemus ad invicem, et sanguis Jesu Christi Filii ejus emundat nos ab omni peccato. I JOANN. I, 7.

Santos sereis, porque yo soy santo.

A quien me negare delante de los hombres, yo tambien le negare delante de mi Padre.

¡Oh Padre! yo deseó ardientemente que aquellos que tú me has dado, estén conmigo allí mismo donde yo estoy.

Por el mismo (Cristo) nos escogió... para ser santos y sin mácula en su presencia por la caridad.

Os convertisteis á Dios abandonando los ídolos, por servir á Dios vivo y verdadero, y para esperar del cielo á su hijo Jesús (á quien resucitó de entre los muertos) y el cual nos libertó de la ira venidera.

Se dió á sí mismo por nosotros para redimirnos de todo pecado, purificarnos, y hacer de nosotros un pueblo, particularmente consagrado á su servicio, y fervoroso en el bien obrar.

Fuisteis rescatados de vuestra vana conducta de vida, no con oro ú plata, que son cosas perecederas; sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un Cordero immaculado y sin tacha.

Pero si caminamos á la luz de la fe y santidad, como él está asimismo en la luz; *siguese de ahí*, que tenemos nosotros una comun y mútua union, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos purifica de todo pecado.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Grande fué el beneficio que Dios dispensó al pueblo de Israel, emancipándole del yugo durísimo de Faraon, y obrando á este fin innumerables é inauditos portentos; pero todo esto era simplemente una figura, que anunciaba los grandiosos y nuevos portentos que obraría el Hijo de Dios, hecho hombre, para libertar de la esclavitud del demonio á su verdadero pueblo.

Es tal la dignidad del cristiano, tal el amor con que el Hijo de Dios lo mira, que hablando, por boca del profeta Zacarías, de su pueblo redimido, parece recibir como propias las injurias que se hacen á sus nuevos hijos: *Qui enim tetigerit vos, tangit pupillam oculi mei.* ZACHAR. II, 27.

El pueblo de Israel, destinado por Dios á poseer una tierra fértil, recibe de su divino Bienhechor una ley, que le intima ser santo: *Viri sancti eritis mihi*, Exod. XXII, 31: pues si aquel pueblo terreno, gobernado por una ley que solo atendía á las ventajas temporales, debía ser santo, mucho más lo deben ser los cristianos, destinados á la posesion de un reino eterno, á una ley de espíritu y de amor, y honrados continuamente por innumerables gracias y sublimes sacramentos.

Con mucha razon el Apóstol, escribiendo á los de Efeso, les dice: Dios nos ha elegido en Cristo... para que seamos santos é inmaculados en su presencia (1, 4); y este es el título que en sus epístolas dá á todos los fieles cristianos: con el título de santos se designaba al principio de la Iglesia á los discípulos de Cristo. Véanse ACTOR. IX, 41. ROM. I, 7, 12 Y 13. II CORINTH. I. 1, EPHES. I, 1, y en otros lugares.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Christianus nemo dicitur recte, nisi qui Christo moribus, prout valet, coæquatur. S. CYPR. DE XII, ABUSIONIB.

Ipsè est christianus qui et in domo sua peregrinum se esse cognoscit. Patria nostra sursum est, ibi hospites non erimus. S. AUG. SUP. PSALM. XXXII.

Ninguno puede con razon llamarse cristiano, sino el que en sus costumbres, segun su estado, procura imitar á Cristo.

Es verdadero cristiano, el que, aún en su casa, se considera como forastero: pues nuestra patria es el cielo, donde ya no seremos forasteros.

Ille vere christianus est, qui omnibus misericordiam facit, qui nulla omnino movetur injuria, qui alienum dolorem tamquam proprium sentit; cujus mensam nullus pauper ignorat; qui coram hominibus inglorius habetur, ut coram Deo et angelis gloriatur; qui terrena contemnit, ut possit habere caelestia; qui opprimi pauperem se præsente non patitur; qui miseris subvenit; qui ad fletum fletibus provocatur alienis, quod bene faciebat Paulus: quis infirmatur, et ego non infirmor? SAN AUGUST. DE VITA CHRISTI.

Omnia habemus in Christo, et omnia in nobis Christus. SAN AMBROS. IN QUOD. SERM.

Christianum se putat, qui christianus esse aut confunditur aut veretur. Quomodo potest esse cum Christo, qui ad Christum pertinere aut erubescit, aut metuit? S. CYPRIAN DE LAPS.

Es verdadero cristiano, el que usa de misericordia con todos; que no se desconcierta por las injurias; que siente como propio el mal ajeno; que en su mesa admite á los pobres; que vive despreciado de los hombres y goza delante de Dios y de sus ángeles; que desprecia los bienes terrenos para adquirir los celestiales; que no sabe ver con tranquilidad al pobre oprimido; que socorre á los indigentes; que llora con los que lloran, como hacia San Pablo: ¿quién enferma, que no enfermo yo con él?

Todo lo poseemos en Cristo, y Cristo es para nosotros todo nuestro bien.

Presume ser cristiano el que se avergüenza ú oculta su título: mas ¿cómo puede ser de Cristo el que teme ó se avergüenza de pertenecerle?

Véase: PROBIDAD, HONRADEZ.